

**DISCURSO DE INCORPORACION A LA
ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS ECONOMICAS**

Enzo Del Bufalo

Quiero comenzar expresando mi gratitud por el honor que los miembros de esta ilustre corporación me han hecho al invitarme a suceder como individuo de número al doctor Felipe Pazos quien fuera uno de los más importantes economistas latinoamericanos de la primera generación y a cuya meritoria obra he dedicado un amplio artículo. Gratitud que debo confesar fue precedida por un período de mucha perplejidad y vacilación que deseo explicar. Toda mi trayectoria profesional como investigador se ubica en el umbral que se aleja del saber recibido hacia los campos heterodoxos donde el pensamiento corre siempre el riesgo de extraviarse en quimeras. Pero siempre me pareció que valía la pena correr este riesgo antes que dejarme cobijar por el conformismo estéril. Siempre he creído que pensar es un permanente viajar por territorios hostiles y desconocidos, sin paradas ni destino final. El final del pensamiento, al igual que la muerte, no nos pertenece -como dice Sartre siguiendo a Heidegger. Cuando uno asume la investigación de esta manera, uno acepta vivir en el exilio permanente como un marginal que sobrevive en la periferia de la institucionalidad bajo el peligro inminente de ser declarado un desclasado, un *outsider*, cuya conducta es incompatible con los valores académicos aceptados o ser aplastado por el silencio autosuficiente o la indiferencia arrogante.

Por su parte, la academia moderna es esa institución del Estado diseñada precisamente para exorcizar el peligro del extravío y garantizar la preservación del saber recibido; la academia es un espacio que encierra el conocimiento –en este caso, el

conocimiento de la economía- para preservarlo en condiciones ambientales óptimas, es decir, controladas, como lo hace cualquier museo con las obras de arte y los vestigios arqueológicos. Pero la obra de arte que el museo preserva es un objeto desarraigado de su ambiente vital que ya no actúa en su mundo y se limita a ser testimonio pasivo de épocas pretéritas mendigando la curiosidad del visitante en los días de ocio y otras fiestas de guardar. La academia está pues diseñada como posta final para el viajero que, cansado después de un largo recorrido, decide retirarse para convivir principalmente, si no exclusivamente, con sus memorias. En ella hay un fuerte olor a sala de espera para entrar al más allá.

Entenderéis ahora, estimados colegas, la causa existencial de mi perplejidad y vacilación que sólo pude superar gracias, en parte, a la admirable capacidad de persuasión del doctor Baptista que, valorando más la amistad que el buen juicio, desestimó totalmente mis reservas personales con consideraciones más enjundiosas que las mías. Digo en parte, porque sin querer quitarle el merito debido a las dotes de persuasión del doctor Baptista, hay, sin embargo, otra razón que de pronto me vino a la memoria y me permitió superar mis reservas y aceptar con tranquilidad de conciencia mi incorporación a la Academia. Recordé que, en su origen, la Academia moderna no fue ese lugar de preservación y control del saber recibido en el cual se refleja el poder absoluto del soberano que la concibió como un pliegue de su fastuosa vestimenta institucional. Aunque nuestra academia es, sin duda, una herencia directa que el Estado liberal recibió del Estado absolutista, que la instituyó como parte de su sistema de gobernanza como espacio de control despótico del saber; la academia moderna nace, en realidad, en el Renacimiento con un propósito diametralmente opuesto al que los reyes absolutistas le dieron luego.

La academia moderna nace como espacio para liberar la producción de saberes del estricto control escolástico que el poder medieval había impuesto a la razón desde principios del siglo XIII, después que los mercaderes y los cruzados la trajeran de vuelta a Occidente de su exilio oriental. Para seleccionar y jerarquizar los saberes legítimos y separarlos de los ilegítimos fue creada la *Universidad de los Estudios* que hoy denominamos simplemente Universidad. La ambivalencia semántica de la propia palabra revela la naturaleza contradictoria de esta institución: por una parte, la universidad entendida como *generalidad* se refería a ese lugar de intercambio de todos los saberes entre todos los hombres, lugar de encuentro universal de individuos libres modelado por el mercado que era la nueva práctica social emergente; pero por la otra, la universidad, entendida como uni-versalidad, como convergencia de todo hacia el *Uno*, se refería a ese lugar piramidal regido por un poder externo que es el fundamento de todos los saberes jerarquizados, lugar que reflejaba fielmente el cosmos cerrado y estratificado jerárquicamente, propio del orden feudal.

Como alternativa a la Universidad cual espacio mercantil recuperado por el orden feudal surge, hacia 1440 por iniciativa de Cósimo de' Medici, la Academia florentina, en el centro mercantil más importante de su época. Se trata de un espacio que se abre a un universo infinito que emerge del desmoronamiento del cosmos medieval cerrado y jerárquico, un universo que ya no se orienta hacia un vértice trascendente, sino que tiene en el *hombre* su centro inmanente. Un hombre que no es la vieja persona del orden feudal, sino una nueva figura de la subjetividad que se concibe a sí misma como *individuo soberano*, es decir, como dueña de sí misma porque propietaria de su cuerpo y con derecho a apropiarse de manera ilimitada de este universo abierto. Una figura moldeada por las prácticas mercantiles que emerge

librándose de las sumisiones despóticas e inmediatamente se reconoce en la subjetividad clásica del mundo helénico y por eso se aprecia a sí misma como renaciendo, después de un largo periodo de oscuro letargo feudal.

De manera pues que, en su origen, la academia moderna, lejos de ser antesala *museística* de la trascendencia, trampolín para la huida del mundo, es la cuna del hombre moderno; hombre que nace abriéndose a un mundo regido por el poder inmanente de su propio conocimiento; hombre que se concibe a sí mismo como *individuo soberano*; hombre que instaura *la tendencia a construir una sociedad de individuos libres e iguales*, esforzándose, en cada fase, por vencer los obstáculos que las relaciones despóticas, heredadas del orden feudal, representan. No es una casualidad que los primeros académicos fueran neoplatónicos, opuestos a la escolástica aristotélica, que prefirieran razonar por *similitud* que ceñirse a las estériles categorías analíticas que los escolásticos empleaban para buscar la identidad entre las diferencias y construir estratos sometidos unos a otros para formar peldaños de una escalera cósmica que llevaba al *Uno* como poder trascendente y principio de realidad. En cambio, pensar por similitud les permitía, a los académicos del siglo XV, establecer las correspondencias ocultas que articulaban todas las diferencias del universo en un mismo plano heterogéneo pero sin jerarquías; de este modo los saberes se distinguían por su función, pero no por su valor e importancia. A la Universidad y su saber estéril y opresor, el hombre del Renacimiento le opone la Academia como espacio de libertad y soberanía individual. Frente a la Universidad, formada a imagen del convento habitado por adustos monjes curvados por el peso insoportable de la escuela, la Academia se yergue como el alegre Kindergarten del individuo soberano en su primera infancia. Los académicos son niños enamorados de un mundo que apenas se les insinúa y, como todos

los niños, son arrogantes y, sobre todo, traviosos. De ahí que sus encuentros estuviesen siempre cargados de una atmósfera irreverente y, a veces, hasta insolente. Todas las academias del siglo XVI que, a imitación de la florentina, proliferaron por las ciudades italianas tenían un aire provocador hacia sus comunidades burguesas y provincianas: en muchos casos, los académicos adoptaban posturas histriónicas como embadurnarse la cara con harina o adoptar nombres tales como los *Inflamados*, los *Elevados*, Los *Incultos*, los *durmientes*, los *ocultos*, los *toscas*, los *aturdidos* y empleaban divisas con una simbología misteriosa que tenía como propósito sacudir el conformismo burgués de las pequeñas ciudades renacentistas; sacudir un modo de vida conformista y rutinario. La irreverencia tiene un importante valor epistemológico cuando sirve para corroer el acartonamiento y barrer el moho de un saber esclerotizado.

Esto es todo lo que yo, en realidad, quería decirles el día de hoy. Pero como no se trata de mi incorporación a la academia en general a la cual, por otra parte, estoy vinculado desde hace ya mucho tiempo, sino a la Academia Venezolana de Ciencias Económicas, me siento pues en la obligación, más que con el deseo, de hacer algunas consideraciones acerca del estado actual de nuestra disciplina y de cómo esto afecta la situación de nuestro país

No es mi intención hacer aquí una crítica detallada del enfoque neoclásico que constituye el núcleo teórico fundamental de casi todas las escuelas de economía desde los viejos keynesianos hasta los nuevos keynesianos, pasando por los monetaristas friedmanianos y los nuevos clásicos. Todos ellos participan de la creencia fundamental de que el modelo del *Equilibrio General* es una descripción rigurosa y correcta de cómo funciona una economía de mercado. He escrito abundantemente sobre este tema y no es esta la ocasión para entrar en detalles técnicos. Tan sólo me limitaré a reiterar, una vez más, que la teoría neoclásica se refiere siempre al *mercado puro*, es decir, a un sistema

de intercambios mercantiles entre agentes racionales que se enfrentan como oferentes y demandantes de bienes y servicios disponibles inmediatamente y en cantidades dadas. En cambio, la economía real es *una economía monetaria de producción para el mercado* – como la denominó Keynes. Esto quiere decir que el mercado está articulado a la producción de cantidades variables en el tiempo que dependen de las decisiones *cruciales* de un grupo particular de agentes económicos que operan en condiciones de incertidumbre radical. *Incetidumbre radical* significa que sus propias decisiones cambian radicalmente el sistema económico de forma tal que sus errores no son reversibles porque desplazan continuamente el punto de convergencia o valor de equilibrio de sus actuaciones. En otras palabras, las series que definen una economía monetaria de producción para el mercado son series *no ergódicas* y, por lo tanto, las expectativas de estos agentes no pueden ser reconducidas, mediante funciones de riesgos estadísticos, a valores promedios previsible. Por razones de principio pues, una economía monetaria de producción para el mercado no tiende al *equilibrio general*. No se trata de que éste o aquel mercado no alcance el equilibrio por alguna interferencia externa, sino que tal cosa como una *tendencia al equilibrio* en una economía monetaria de producción para el mercado, no existe por razones –si se permite decir– ontológicas. Esta es la razón fundamental de que el enfoque neoclásico sea un enfoque radicalmente errado; un enfoque que ha desvirtuado el legítimo interés por comprender la manera en que funciona la economía moderna y lo ha transformado en mera charlatanería expresada con elegancia matemática.

Pero además de esto, la economía moderna es *una economía monetaria de producción para el mercado* con una organización *capitalista* de la producción. Esto significa que es una organización que no respeta por igual la soberanía individual de todos los propietarios de los factores de producción, en especial la soberanía de los

dueños de la fuerza de trabajo. Es precisamente esta mediación despótica, feudal, del espacio mercantil –que, en sí mismo, es siempre espacio de igualdad entre individuos soberanos– la que causa el conflicto social entre trabajadores y capitalistas. Y toda vez que la teoría ha querido negar *ex hypothesis* esta incongruencia entre mercado y organización capitalista ha incurrido en “paradojas técnicas”. Así ocurrió por primera vez con Ricardo quien fue incapaz de convertir los valores en precios de producción. Y aunque esta incongruencia sirvió para justificar el abandono de la teoría del valor trabajo por parte de los teóricos marginalistas neoclásicos, estos últimos no tardaron en enfrentar nuevamente esta misma incongruencia, pero esta vez como paradoja que afecta la aplicación correcta del principio de sustitución en presencia del capital. Estas paradojas, más allá de volver inválida la explicación teórica de cómo funciona la economía moderna y de ofrecer propuestas ineficientes de política económica, son las consecuencias inevitables de un esfuerzo por reorientar la lógica inmanente del mercado puro en función de la toma de decisiones de un poder que le es externo y que construye su propia legalidad con principios totalmente diferentes. De este modo la teoría neoclásica se revela, paradójicamente, como la expresión de un pensamiento liberal recuperado por el orden despótico y, más que una verdadera apología del mercado, es una justificación del poder despótico que mediatiza al mercado. Representa la claudicación del liberalismo frente al poder despótico que lo lleva a renunciar a la realización de la sociedad de hombres libres e iguales, es decir, a separarse de la tendencia moderna a la afirmación del hombre como individuo soberano.

Siempre de manera paradójica, esta recuperación despótica de su teoría del mercado impide a los economistas neoclásicos comprender que, si bien es cierto -como lo afirma la teoría - que el mercado puro es un sistema coherente y consistente que

tiende al equilibrio, sin embargo, la presencia en su seno de la organización capitalista vuelve al mercado inherentemente inestable; de ahí que se requiera de un marco institucional complejo que haga posible su operatividad. A diferencia del mercado puro, la economía capitalista necesita del Estado, de sus instituciones asistenciales y de sus políticas, para estabilizar un comportamiento cíclico que, de lo contrario, sería explosivo. Por eso es que toda vez que la teoría quiere demostrar la existencia del equilibrio en el mercado, debe asumir un mercado sin dinero y sin organización capitalista. La esterilidad de la teoría neoclásica se reveló, por primera vez y de manera clamorosa, durante la gran crisis de 1929, cuando sus propios grandes sacerdotes recomendaban al gobierno políticas de sentido común, pero totalmente reñidas con las que se deducían legítimamente de la teoría. Esta incoherencia entre teoría y práctica parecía anunciar el fin del neoclasicismo y, en este ambiente de duda y perplejidad, Keynes se da a la tarea –cómo él mismo dice en una carta a George Bernard Shaw– de escribir:

“un libro de teoría económica que revolucionará ampliamente –aunque supongo no inmediatamente, sino en el transcurso de los próximos diez años– la manera en que el mundo piensa acerca de los problemas económicos”¹

Pero la crisis fue superada no gracias a los economistas, sino gracias a la Segunda Guerra mundial, la cual creó, además, en la posguerra condiciones políticas y económicas favorables para el crecimiento sostenido por más de dos décadas. Este clima propició el abandono de la reflexión teórica a favor de un espíritu pragmático al que, confundiendo el rigor conceptual con el formalismo matemático, le pareció perfectamente viable seguir pensando a la manera neoclásica y agregar tan sólo algunas tesis de Keynes a la vieja teoría. Esta vieja teoría no sólo *no* fue reemplazada por “*otra manera de pensar los problemas económicos*”, sino que es justamente en estos primeros

¹ *The Collected writings of John Maynard Keynes*, vol. 13, editado por Moggridge Londres Macmillan 1973, p. 492

años de la posguerra que logró su completa formalización matemática e indujo a los economistas a creer que su disciplina había por fin alcanzado el *status* de *ciencia dura* como la física teórica. Una nueva ortodoxia económica se había formado en torno a la tesis según la cual la economía de mercado tiende por sí sola al equilibrio de pleno empleo porque el mercado es un mecanismo coherente y consistente de regulación de las actividades económicas, tal como lo demuestra el análisis del Equilibrio General. Pero, –prosigue la nueva ortodoxia– cuando ocurren interferencias exógenas con el mecanismo de mercado, tales como salarios rígidos a causa de la contratación sindical y la legislación, entonces algunos aportes de Keynes nos permiten justificar ciertas políticas fiscales y monetarias para reestablecer la tendencia al equilibrio. Se trataba pues de una síntesis de la teoría neoclásica con ciertas tesis de Keynes gracias a la cual la teoría económica había alcanzado el estadio en el cual podía prescribir políticas adecuadas para eliminar el ciclo económico y hacer posible el crecimiento permanente con pleno empleo. Esta creencia parecía confirmada en la práctica por el comportamiento real de la economía que por más de dos décadas gozó de un crecimiento sostenido sin inflación ni recesiones significativas.

Pero era una creencia un tanto provinciana. En efecto, el mundo de entonces estaba conformado, por una parte, por el mundo del socialismo real, organizado en la forma de capitalismo de Estado o sociedad-fábrica, y, por lo tanto, fuera del interés de la ortodoxia económica y, por la otra, por el llamado mundo libre compuesto por las potencias coloniales con sus colonias y América Latina. Sin embargo, el espíritu pragmático de entonces no pareció advertir que esta última parte del mundo libre, confrontaba serios problemas de inflación y de estancamiento. En América Latina la síntesis neoclásica-keynesiana parecía a todas luces, insuficiente para resolver los problemas de inflación y crecimiento que aquejaban la región. Los economistas que

empezaron a interesarse en nuestra región muy pronto advirtieron la necesidad de incorporar al análisis los aspectos estructurales, así lo hicieron Prebisch y sus colegas de la CEPAL; otros como Arthur Lewis buscaron sustento teórico en Ricardo, al darse cuenta de la esterilidad del neoclasicismo. Pero el espíritu pragmático de la época también se posesionó de los primeros economistas latinoamericanos que, en el fondo, compartían con sus colegas del mundo desarrollado la creencia en que la Teoría de la síntesis neoclásica-keynesiana era la culminación científica de un largo proceso de formación. Con una modestia muy cercana a un complejo de inferioridad pensaban que debían dedicarse exclusivamente a dar respuesta a los problemas concretos, que la reflexión teórica era un lujo que los pobres latinoamericanos no podían permitirse. El Doctor Felipe Pazos, mi ilustre antecesor en la silla, a quien deseo rendirle homenaje y reconocerle sus importantes aportes a la comprensión de la inflación en una época en la cual no era un tema de análisis en los países avanzados, sin embargo, se hace eco de este espíritu pragmático cuando, ya en el ocaso del desarrollismo, afirmaba que:

“La ciencia económica en América latina ha tenido a todo lo largo de estos 50 años, y aun sigue teniendo, un carácter pragmático; la función de nuestros economistas no es la de descubrir nuevos principios generales sino aplicar los existentes al análisis de nuestra realidad concreta y a la formulación de medidas necesarias para mejorarla. Sólo cuando la ciencia extranjera no suministra los instrumentos intelectuales adecuados para nuestros propósitos –como ocurrió con la teoría del desarrollo en los años que siguieron a la terminación de la Segunda Guerra Mundial o con la teoría de la inflación a fines de los años cincuenta y durante la década de los sesenta– podemos permitirnos el lujo de dedicar parte de nuestro tiempo a especular sobre principios generales.”²

Hoy, con la ventaja que da el tiempo transcurrido, no podemos más que lamentar esta actitud común a toda la primera generación de economistas latinoamericanos. Las

² Pazos, Felipe. “Cincuenta Años de Pensamiento Económico en la América Latina”; en Pazos, Felipe. *Medio Siglo de Política económica*; Vol. III, op. cit 1227

condiciones de entonces en América Latina ofrecían una ocasión única para desarticular la síntesis neoclásica keynesiana y reconstruir la teoría siguiendo las líneas generales esbozadas por Keynes. La mejor prueba de esto es que los economistas verdaderamente keynesianos que iban siendo progresivamente marginados en el Norte, como Kaldor, Joan Robinson y otros, tenían, sin embargo, una amplia acogida en nuestra región porque tenían algo significativo que aportar. Si los economistas de entonces hubieran podido liberarse del pragmatismo sumiso y comprender la importancia de “especular sobre principios generales”, quizás otro hubiera sido el destino del desarrollismo latinoamericano y de la propia teoría económica.

En cambio, la ortodoxia neoclásica keynesiana no fue realmente puesta en duda seriamente hasta la crisis de los setenta, cuando la inflación y el estancamiento derrumbaron el mito del *fine tuning* y de la teoría acabada. La era de crecimiento sostenido, sin inflación y sin recesiones había llegado a su fin. Se reabría pues la posibilidad de retomar el camino de Keynes y *revolucionar la manera de pensar los fenómenos económicos*. Pero en lugar de esto, las condiciones políticas favorecieron la transformación del pragmatismo de la síntesis neoclásica keynesiana en un fundamentalismo neoclásico que no sólo no estimuló el resurgimiento de la producción teórica, sino que acabó con la poca actividad teórica que aún sobrevivía. La contrarrevolución monetarista declaró cerrada la discusión teórica, puesto que, a su entender, la teoría neoclásica del Equilibrio General demostraba de manera rigurosa y acabada que el mercado era un regulador óptimo de la economía. A partir de ese momento las causas de cualquier desequilibrio de la economía real debían buscarse en algún incumplimiento por parte de la realidad en su *deber* de ajustarse a los supuestos de la teoría. De manera que los economistas debían dedicarse a persuadir a los

responsables de la administración pública y privada para que instrumentaran las políticas necesarias a fin de que la realidad, díscola y rebelde, entrara en el marco de la legalidad neoclásica; de lo contrario la sociedad sufriría las inevitables consecuencias de desempleo, inflación, estancamiento y pobreza. Con esta nueva versión de los cuatro jinetes de la Apocalipsis, los apóstoles del fundamentalismo neoclásico empezaron a difundir su credo que denominaron *neoliberal* porque pretendían reivindicar el viejo liberalismo decimonónico, barrido, en mala hora, por el socialismo estatizante.

En realidad, el neoliberalismo tiene muy poco o nada que ver con el viejo liberalismo. Su único vínculo son los retazos ideológicos que el neoliberalismo toma del viejo liberalismo para cubrir su inanición intelectual. El liberalismo con todos sus defectos y sus compromisos con el orden despótico, se colocaba aún en la tendencia moderna hacia la construcción de una sociedad de hombres libres e iguales y por eso, desde Ricardo hasta Schumpeter, pensaba que el mercado terminaría barriendo con el capitalismo; en cambio, el neoliberalismo instrumentaliza su apología del mercado para coadyuvar a la consolidación de un nuevo poder despótico global que tiende a imponerse totalmente sobre el mercado.

No pretendo detenerme más sobre este punto, quise mencionarlo para mostrar que la vacuidad teórica del neoliberalismo que lo obliga a importar del pasado retazos discursivos para cubrir sus necesidades reales, revela la naturaleza de un poder despótico nuevo que ya no se estratifica en clases sociales definidas con una subjetividad propia y, por lo tanto, con un discurso propio. **En este sentido, el neoliberalismo inaugura un fenómeno nuevo que he denominado *neoarcaismo* propio de discursos y prácticas que no expresan una subjetividad social definida,**

sino multitudes heterogéneas que son transversales a las clases tradicionales y a su estratificación del poder. Así como el neoliberalismo manifiesta la constitución de un sistema de poder corporativo global, transversal al viejo sistema de Estados nacionales; asimismo otros neoarcaísmos empezarán, poco después, a expresar reacciones a los malestares causados por la globalización por parte de multitudes de excluidos. No hay que olvidar que los *sacerdotes* del neoliberalismo precedieron tan sólo en algunos años a los *ayatolás* del fundamentalismo islámico que difundieron el primer neoarcaísmo reactivo.

En todo caso, regresando a nuestro asunto, los neoliberales lograron apoderarse en poco tiempo de las instituciones académicas y de las instancias de decisión nacional e internacional. Su discurso vacío sirvió para crear dos generaciones de economistas convencidos de que la *ignorancia histórica* y la *idiotez teórica* eran las máximas virtudes metódicas del buen economista que debía mostrar tan sólo una gran habilidad matemática. En efecto, estas *virtudes* hacían posible confundir los supuestos teóricos con rasgos reales de la economía. En este ambiente, la ignorancia histórica y la idiotez teórica protegían a los economistas de la demoníaca tentación de reflexionar sobre los principios generales, que podía dañar su seriedad profesional. Esta absoluta incapacidad de entender que los supuestos neoclásicos no son idénticos a los hechos reales es algo que ustedes pueden observar actualmente, con patética evidencia, entre aquellos economistas que, viniendo de este mundo conformista, tratan ahora de repensar sus ideas a la luz de la apremiante realidad actual. Verán como estos Stiglitz, Krugman y muchos otros redescubren a diario viejas tesis como si fueran novedades absolutas y cuando no descubren la pólvora, entonces dan muestra de no poder entender nada del mundo que no se conforme a la fábula neoclásica.

Pero los daños de la reestructuración neoliberal van mucho más allá de los causados a los economistas. Para aquellos que como yo tuvimos que sufrir las tres décadas de reestructuración neoliberal, condenados a ser *outsiders* sin acceso a las instituciones y revistas de prestigio, ahora tenemos que soportar que se nos confundan con los neoliberales y lo que es peor tener que escuchar las disertaciones de ciertos exponentes de la reacción antineoliberal, que no por estar en contra del neoliberalismo, son menos ignorantes y que, muy a la manera neoliberal, creen que la expresión: “medidas económicas”, es sinónimo de *paquete neoliberal*. Confieso que a veces me siento como un cristiano de la época de San Agustín que no podía sino ver en esos bárbaros sobrevenidos, el justo castigo de Dios por la inmoralidad del Imperio. En nuestra época –pienso– no es la inmoralidad si no la idiotez teórica neoliberal la que ha permitido que cualquier persona, aunque incapaz de comprender la complejidad de la economía moderna, se sienta, sin embargo, con capacidad para administrarla.

De repente, no se por qué razón tengo la impresión de que me he alejado del tema de la teoría y me he aproximado a la situación venezolana y esto me recuerda que más allá de su inconsistencia teórica, el neoliberalismo, como estrategia de reestructuración de la economía mundial, ofrecía también un modelo de gobernanza para los países en desarrollo. Desde este punto de vista, hay que reconocer que el neoliberalismo tuvo, sin duda, un éxito inicial en la medida en que permitió corregir los excesos cometidos durante la crisis de los setenta. Pero con su banalización de los problemas del desarrollo y su total desprecio por los efectos sociales de sus políticas, causó una reacción previsible a partir del momento en que no cumplió con las promesas

de crecimiento sostenido a largo plazo y de una mejora de la distribución del ingreso. Esto abrió la vía para una reacción que, en Venezuela, tomó un cariz particular.

Sería incorrecto acusar exclusivamente al neoliberalismo por los eventos ocurridos en las últimas décadas, entre otras cosas, porque las reformas neoliberales en nuestro país se aplicaron por breve tiempo y de manera irregular. Pero coadyuvaron a acelerar el colapso del modelo político de las últimas cuatro décadas del siglo XX; colapso cuyas causas principales son totalmente endógenas. Pero la farsa neoliberal acerca del mercado preparó el terreno ideológico para actualizar como alternativa su rival histórico: el *socialismo*. En realidad, deberíamos denominarlo neosocialismo por las mismas razones antes mencionadas en el caso del neoliberalismo. Este neosocialismo no tiene nada que ver con el socialismo histórico y es la expresión discursiva de una nueva oleada de toma del poder del Estado venezolano por parte de clases medias depauperadas y clases populares marginadas para reorientar a su favor la distribución de la renta petrolera. Las alusiones bolivarianas y zamoristas del actual movimiento, sobre todo en su fase inicial, revelan su vinculación histórica con otros movimientos anteriores de este tipo que han caracterizado la historia de Venezuela.

En América Latina diversos movimientos vagamente neosocialistas surgieron de la ruinas de la estrategia neoliberal. Venezuela fue pionera en este proceso. Pero para entender mejor por qué estos movimientos recuperan retazos del viejo discurso socialista no basta decir que existe una perfecta asimetría entre neoliberalismo y neosocialismo que hace posible un juego político pendular. Es necesario comprender por qué la retórica socialista se presta para cubrir discursivamente la dinámica de estos movimientos los cuales no tienen nada que ver con las viejas aspiraciones del

proletariado de realizar la tendencia a la constitución de una sociedad de personas libres e iguales. Esto, entre otras cosas, porque el propio socialismo histórico hace ya mucho tiempo que ha agotado su carácter revolucionario. Un carácter revolucionario que venía dado por el momento de *separación* de la clase obrera del orden del capital para poder afirmar su condición de individuos soberanos integrales, separación que después de alcanzar ciertos éxitos, venía irremediablemente recuperada en el ciclo de acumulación del capital. En efecto, los éxitos políticos y sociales del socialismo se convertían en una mayor capacitación de la fuerza de trabajo que el capital podía aprovechar para integrarla a procesos tecnológicos más sofisticados que la volvían más productiva. Fue así que, desde la década de los años treinta del siglo XIX, se instauró una dialéctica de separación subversiva de las clases proletarias seguida de su recuperación para la organización capitalista mediante reformas institucionales y cambios tecnológicos que convirtió al conflicto social, aunque con muchas crisis y guerras, en el propulsor del desarrollo moderno. Fue así que el socialismo como teoría y práctica histórica de administración de la clase obrera se convirtió en una práctica y un discurso de administración del conflicto social mucho más funcional que el liberalismo para presidir lo que Marx denominó: *la subsunción real de toda la sociedad en el ciclo de acumulación del capital*. Cuando casi al finalizar la primera guerra mundial, asumió el control político del Estado, el socialismo perdió el momento subversivo de la separación y se bifurcó en dos modalidades básicas de administración de la subsunción real de la sociedad en el capital. La primera fue la vertiente socialdemócrata reformista que se difundió principalmente en los países desarrollados como la mejor forma para lograr la sociedad del bienestar en la cual las reivindicaciones laborales coinciden con un proceso diversificado y avanzado de subsunción de la sociedad en el capital. La segunda fue la vertiente maximalista revolucionaria que prosperó en países atrasados porque resultó ser

muy eficaz para realizar aceleradamente lo que Marx denominó *la acumulación originaria de capital*. Esta modalidad administrativa, montada en la ola de las reivindicaciones sociales, suele reestructurar todas las instituciones del Estado y de la sociedad para crear la sociedad fábrica donde el Estado se convierte nuevamente, como en la Edad del Bronce, en el único propietario del excedente económico. Pero esta modalidad, muy exitosa en sus primeras fases, tiende luego a estancarse por razones que he analizado en otras ocasiones. Aquí me limitaré a afirmar que, hoy en día, el socialismo ha agotado todo su empuje revolucionario, puesto que ha perdido el momento subversivo de la separación del orden despótico. Pero también, como programa de reformas graduales ha perdido su especificidad, ya que la mayoría de ellas son hoy parte integrante de la institucionalidad de los países avanzados. Para este socialismo, la economía es una sola y no puede ser más que capitalista, aunque con una conciencia social. La socialdemocracia ha perdido pues su razón de ser y, por eso, está en crisis en todas partes. En cambio, en el caso del socialismo maximalista su carácter revolucionario se reduce a la exaltación puramente retórica del momento de la separación y, de hecho, se ha convertido en una excusa discursiva para justificar la superexplotación del trabajo y la creación forzada de una acumulación originaria dirigida por élites políticas que controlan el Estado o, en las formas más recientes, por grupos privados socialistas. En esta última modalidad, ofrece una estupenda cobertura para que movimientos aluvionales de marginales y clases medias depauperadas puedan crear grupos socialistas para acumular fortunas privadas alimentándose del clientelismo político que permite tejer, alrededor de las empresas del Estado, racimos de pseudo empresas que capturan parte del excedente social o puedan desarrollar políticas macroeconómicas que, al desquiciar la economía, crean oportunidades artificiales de negocios para estos nuevos grupos. Esto último se puede lograr con medidas

formalmente neoliberales como ocurrió en la Rusia postsoviética o con medidas neosocialistas como ocurre hoy en Venezuela. Lo cual muestra que tanto el neoliberalismo como el neosocialismo son dos modalidades de administrar la subsunción real de la sociedad en el capital. Este último emplea al neoliberalismo cuando tiene que barrer obstáculos que entorpecen la globalización, puestos por la vieja estructura de Estados nacionales y, en cambio emplea alguna forma de neosocialismo cuando debe administrar un proceso de acumulación todavía territorialmente condicionado y que, por el momento, no puede ser globalizado.

Sin embargo, hace ya mucho tiempo que estos socialismos, viejos y nuevos, revolucionarios o reformistas, reales o mediáticos, han quedado fuera de *la tendencia a la constitución de una sociedad de hombre libres e iguales* y no son más que modalidades diferentes de administrar la subsunción de la sociedad en el capital. Pero esto no quiere decir que esta tendencia haya periclitado, que ya no sea expresión de la necesidad ontológica de la persona moderna la cual para realizar plenamente su subjetividad de individuo soberano necesita vivir en una sociedad de personas libres e iguales. Por el contrario, la necesidad de reordenar la sociedad para librarla de las mediaciones despóticas se ha vuelto una necesidad *técnica* de la propia economía; de esta economía en crisis que se está transformando de una economía de producción de bienes, intensiva de capital fijo, en una economía de servicios, basada fundamentalmente en el *capital humano*. Este tránsito exige un cambio de estilo tecnológico que está inextricablemente enraizado en una *transformación democrática* de la organización de la producción. El crecimiento del capital humano socava la base en la cual se apoya la organización capitalista de la producción porque, más allá de un

cierto límite, el capital humano no admite el control de su trabajo por parte un poder externo, es decir, distinto a la de la persona que él mismo es.

De manera pues que hoy nos encontramos frente a una realidad nacional y mundial que reclama la liberación del pensamiento y de los espacios sociales como una necesidad técnica. Es la técnica que, a decir de muchos, ha vuelto obsoletas tanto las modalidades liberales como las socialistas de recuperación despótica de la tendencia a la realización de una sociedad de personas libres e iguales. Pero la técnica engendra un nuevo peligro de sumisión a un poder despótico anónimo y totalmente despersonalizado frente al cual la persona debe reafirmar su soberanía como *individuo social*.

Por eso, estimados colegas, quiero contracambiar su invitación a incorporarme a la Academia con una invitación de mi parte a que tratemos de recuperar el origen renacentista de nuestra corporación cuando se constituyó en espacio libre del despotismo que entonces sometía al pensamiento oficial. La creación de este espacio es condición necesaria para reconstruir radicalmente nuestra disciplina, hoy sometida al poder despótico de las grandes corporaciones universitarias que controlan la producción de saberes. Y quizás en esta búsqueda encontremos también nuestra propia juventud académica a despecho del calendario que nos somete a su despotismo.

Gracias